

en poco tiempo de toda la libertad que había gozado bajo el mando de los anteriores reyes.

No bastándole la enemistad del Senado, se concitó también la del pueblo, obligándole á trabajar en oficios mecánicos muy distintos de aquellos en que lo ocupaban sus predecesores en el trono. Harta Roma de tantos ejemplos de su crueldad y de su soberbia, estaban ya resueltos los ánimos de todos los ciudadanos á rebelarse tan pronto como la ocasión se presentara; y, de no ocurrir el hecho de Lucrecia, cualquier otro hubiera producido igual resultado porque, de gobernar Tarquino como los anteriores reyes, á él acudieran Bruto y Collatino para pedir justicia por el delito de su hijo Sexto, y no al pueblo romano.

Sepan, pues, los príncipes que empiezan á perder el trono cuándo empiezan á quebrantar las leyes y los antiguos usos y costumbres, con los cuales han vivido los hombres largo tiempo. Si, privados del trono, fueran bastante sensatos para conocer cuán fácilmente se gobiernan los reinos cuando los reyes son bien aconsejados, mucho más les dolería la pérdida de la corona, y se condenarían á más severa pena que la sufrida; porque es más fácil hacerse amar de los buenos que de los malos, y obedecer las leyes que sobreponerse á ellas.

Los príncipes que desean aprender á gobernar bien, lo conseguirán sin otra molestia que la de tomar por modelo la vida de los buenos príncipes, como Timoleón de Corinto, Arato de Sicyón y otros semejantes. Ofrece la vida de estos reyes tanta seguridad y tanto bienestar para gobernantes y gobernados, que debía inspirar á los príncipes el deseo de imitarla, ya que, según hemos dicho, tan fácil les es conseguirlo. Cuando los hombres son gobernados bien, no pretenden ni desean otras libertades, como sucedía en los pueblos regidos por Timoleón y Arato, á quienes obligaron á reinar

durante toda su vida, aunque varias veces mostraron deseo de volver á la condición de ciudadanos.

Como en este capítulo y en los dos anteriores se ha hablado de las conspiraciones contra los príncipes, de la conjura de los hijos de Bruto contra la patria y de las que fueron víctimas Tarquino Prisco y Servio Tulio, no creo fuera de propósito hablar con extensión en el siguiente de las conspiraciones; materia que importa á príncipes y ciudadanos.

CAPÍTULO VI

De las conjuraciones.

Creo que no debo omitir tratar de este asunto de las conjuraciones, tan peligrosas para príncipes y súbditos, como lo prueba el haber perdido por ellas la vida y la corona más reyes que por los desastres de la guerra. En efecto; son pocos los que pueden declarar guerra abierta á un monarca, pero cualquiera puede conspirar contra él.

Por otra parte, nada hay tan expuesto y peligroso como una conjuración, cosa difícil y arriesgadísima en todas sus partes. Por ello son muchas las que se fraguan, y muy pocas las que producen el fin con que se intentan.

Deben, pues, los príncipes aprender á guardarse de este peligro, y los súbditos meterse lo menos posible en conspiraciones, contentándose con vivir bajo el gobierno que la suerte les depare. Hablaré extensamente de este asunto, no omitiendo ningún ejemplo que pueda servir de enseñanza á príncipes y súbditos.

Es verdaderamente admirable la sentencia de Cornelio Tácito cuando dice «que los hombres deben reve-

renciar las cosas pasadas y obedecer las presentes; deseas los buenos príncipes y tolerar los que se tienen». En efecto; quien obra de otra manera, las más veces se pierde y pierde á su patria.

Entrando en materia, lo primero que debemos examinar es contra quién se forma la conjuración, y veremos que es, ó contra la patria, ó contra un príncipe. De ambas clases de conspiraciones vamos á tratar, porque de las que se fraguan para entregar al enemigo una plaza sitiada ó para cosas parecidas, ya hemos dicho antes lo necesario.

Empecemos por las que se tramán contra los príncipes, y analicemos sus causas, que pueden ser varias; pero una mucho más importante que las demás, cual es la general animadversión que inspire, porque los príncipes que concitan en contra suya el odio universal tienen entre sus súbditos algunos más especialmente ofendidos y más deseosos de vengarse, deseo que crece en proporción á la general malevolencia.

Debe, pues, evitar el príncipe esta universal antipatía (no decimos aquí cómo, por haberlo expuesto anteriormente). Guardándose de ella, las ofensas individuales que cometa le serán menos peligrosas, pues se encuentran rara vez hombres tan sensibles á las injurias que arriesguen la vida por vengarlas; y aunque los haya con poder y voluntad de hacerlo, el general afecto que inspira el príncipe les impide realizarlo.

Los ultrajes que se pueden hacer á un hombre son en sus bienes, en su persona ó en su honor. Respecto á los segundos, es más expuesto amenazar que ejecutar la ofensa. Las amenazas son peligrosísimas, y ningún peligro hay en realizar los ultrajes, porque los muertos no meditan venganza, y los que sobreviven casi siempre la dejan al cuidado del muerto. Pero quien es amenazado y se ve por necesidad en la alternativa de obrar

ó de huir, conviértese en hombre muy peligroso para el príncipe, como oportunamente demostraremos.

Después de este género de ultrajes, los dirigidos contra los bienes ó la honra son los que más ofenden á los hombres, y de ellos debe también abstenerse el príncipe; porque á nadie se le puede despojar hasta el punto de no quedarle un cuchillo para vengarse, ni deshonrarle hasta el extremo de que pierda el obstinado amor á la venganza. De los insultos hechos á la honra, el más grave es el dirigido contra el honor de las mujeres, y después el vilipendio de la persona. Este último ultraje fué el que armó la mano de Pausanas contra Filipo de Macedonia y otras muchas contra otros príncipes. En nuestros tiempos Julio Belanti conspiró contra Pandolfo, tirano de Siena, porque éste le concedió primero y le negó después la mano de una de sus hijas. La causa principal de la conjuración de los Pazzi contra los Médicis fué la herencia de Juan Bonromei, quitada á aquéllos por orden de éstos.

Hay otro motivo poderosísimo de conjuración contra el príncipe, cual es el deseo de librar á la patria de la tiranía. Este fué el que alentó á Bruto y Cassio contra César, y á otros muchos contra los Phalaris, los Dionisios y demás tiranos.

El único medio que tiene el príncipe para librarse de este peligro es renunciar la tiranía, y, como ninguno renuncia, pocos son los que no mueren trágicamente. De aquí los versos de Juvenal:

*Ad generum Cerevis sine cæde et vulnere pauci
Descendunt reges, et sicca morte tyranni* (1).

- (1) Pocos los reyes, pocos los tiranos
Son que á los reinos de Plutón descienden
Sin ser heridos por puñal alevé.

Juvenal, sátira 10.^a. Traducción de Díaz Carmona. Biblioteca clásica, tomo 158.

Los peligros á que se exponen los conspiradores son gravísimos y de todos los momentos, lo mismo al intentar y tramar la conspiración que al ejecutarla; antes, durante y después de la ejecución. Conspiran uno ó varios; en el primer caso, no puede decirse que haya conjura, sino firme resolución en un hombre para matar al príncipe. Sólo en este caso falta el primero de los tres peligros mencionados, porque antes de la ejecución no hay riesgo alguno, no siendo nadie poseedor del secreto, ni pudiendo llegar por tanto á oídos del príncipe. Esta resolución puede tenerla cualquier hombre, humilde ó poderoso, noble ó plebeyo, admitido ó no en la familiaridad del príncipe; porque todos pueden encontrar alguna vez ocasión de hablarle, y, por tanto, de realizar su venganza. Pausanias, de quien ya he hablado en otra ocasión, mató á Filipo de Macedonia cuando iba al templo rodeado de un millar de hombres armados y entre su hijo y su yerno; pero era noble y conocido del rey. Un español pobre y humilde dió una puñalada en el cuello á Fernando V, rey de España. No fué mortal la herida, pero la facilidad y el propósito de matarle quedaron demostrados. Un dervich ó sacerdote turco levantó la cimitarra contra Bayaceto, padre del actual sultán de Turquía; no le hirió, pero no por falta de ánimo y de ocasión para hacerlo. Muchos serán, según creo, los que formen tales propósitos, porque en formarlos no hay peligro alguno; pero pocos los que lo realicen, y aun, de éstos, poquísimos los que no sean muertos en el acto, por lo cual no se encuentra con frecuencia quien quiera arriesgarse á segura muerte.

Pero dejemos estas conjuraciones individuales y vamos á las colectivas. La historia enseña que todas éstas las han formado hombres de elevada posición social y muy familiares del príncipe. Los de humilde con-

dición y alejados del príncipe, á menos de estar locos, no pueden conspirar; porque ni tienen ni esperan la ocasión indispensable para ejecutar la conjura. Además, carecen de los medios que aseguran la fidelidad de los cómplices, porque no pueden prometerles nada de lo que determina á los hombres á arrostrar grandes peligros; de modo que al entrar en la conspiración más de dos ó tres personas, hay en seguida un acusador que los pierde. Pero, aun teniendo la suerte de que no lo haya, les es tan difícil llevar á la práctica su propósito, por no poder acercarse al príncipe, que casi seguramente fracasa al llegar á la ejecución. Si los nobles y grandes de la nación que tienen fácil acceso al príncipe tropiezan con los obstáculos que después diremos, éstos deben aumentar extraordinariamente para los plebeyos.

Y como los hombres, al jugarse vida y hacienda no pierden completamente el juicio, si son de condición humilde se guardan de estos peligros, y, cuando aborrecen á un príncipe, se limitan á hablar mal de él y á esperar que los de más elevada posición les venguen. Si por acaso alguno de condición humilde se atreve á conspirar, más debe alabarse su intención que su prudencia.

Se ve, pues, que todos los conspiradores contra los príncipes han sido personajes ó amigos íntimos de aquéllos, y que á unos les excitó á conspirar las ofensas, y á otros los beneficios excesivos, como á Perennio contra Commodo; á Plautiano, contra Severo; á Seiano, contra Tiberio. A todos ellos dieron los emperadores tantas riquezas, honores y dignidades, que, al parecer, sólo les faltaba para el supremo poder el trono imperial, y á fin de conseguirlo conspiraron contra el príncipe, teniendo las conjuraciones el fin que su ingratitude merecía. En nuestro tiempos, una conspiración de esta índole ha tenido buen éxito; la de Jacobo de Appiano

contra Pedro Gambacorti, príncipe de Pisa, que le había mantenido, educado y puesto en alto rango, y á quien quitó sus Estados.

También ha sido de esta clase en la época en que vivimos la conspiración de Coppola contra el rey Fernando de Aragón. A tan elevada posición social llegó este Coppola, que no creía le faltase más que el trono, y por ambicionarlo perdió la vida. Y en verdad las conjuraciones de los grandes contra los príncipes que parece debieran ser de más seguro éxito son las de esta clase, porque las dirigen quienes pueden llamarse segundos reyes y tienen la mayor facilidad para realizarlas; pero la ambición de mando que les ciega, ciégales también para dirigir la conjura, pues si supiesen emplear la prudencia en su infame propósito, sería imposible evitar la realización.

Debe, pues, el príncipe que quiera guardarse de conspiraciones temer más á los que ha colmado de beneficios que á los que ha ofendido; porque á éstos les faltan oportunidad y medios y á aquéllos les sobran. La voluntad es igual en unos y otros, porque el deseo de la dominación es tan grande ó mayor que el de la venganza.

La autoridad de sus favoritos ha de ser la necesaria para que quede bastante distancia entre el que la da y quien la recibe, dejando siempre á éste algo que ambicionar; de lo contrario, será raro que no les ocurra lo que á los príncipes citados.

Pero, volviendo á nuestro asunto, digo que, debiendo ser personajes los conjurados y de fácil acceso al príncipe, conviene examinar las causas del buen ó mal éxito de estas empresas. Como antes dije, hay en toda conspiración tres períodos de peligro; cuando se proyectan, cuando se ejecutan y después de la ejecución, siendo casi imposible salir de todos ellos felizmente.

Los peligros del primer período son sin duda los mayores, y se necesita ser prudentísimo y tener mucha suerte para que, al proyectar una conjuración, no se descubra, ó por declaraciones ó por conjeturas. Ocasionalmente lo primero la poca fe ó escasa prudencia de los hombres á quienes te confías. Con la poca fe se tropieza fácilmente; porque no puedes decir el secreto más que á amigos tan íntimos que por la amistad se expongan á la muerte ó á descontentos del príncipe. De los primeros se podrán encontrar uno ó dos, y si quieres allegar más te será imposible hallarlos. Además, es preciso que la amistad que te profesen sea tan grande, que supere el peligro á que se exponen y el miedo al suplicio. Los hombres se engañan con frecuencia respecto á la adhesión de sus amigos, la cual sólo se conoce por experiencia, y la experiencia en estos casos es por demás arriesgada. Y aunque en otra ocasión de peligro hubieras probado con buen éxito la amistad de algunos, no es posible por esta prueba confiar en el afecto personal, al tratar de asunto infinitamente más peligroso.

Si juzgas la fidelidad por la malquerencia de cualquiera contra el príncipe, fácilmente puedes equivocarte. Al confiar tu proyecto á un descontento, le das medios para que deje de serlo, y es preciso para tenerle seguro, ó que su odio al príncipe sea muy grande, ó grandísima tu autoridad sobre él. De aquí que muchas conjuraciones hayan sido conocidas y sofocadas al iniciarse, considerándose milagroso que alguna pueda estar entre muchos hombres secreta largo tiempo, como la de Pisón contra Nerón, y, en nuestros tiempos, la de los Pazzi contra Lorenzo y Julian de Médicis, sabida por más de cincuenta personas, y que, á pesar de ello, llegó á la ejecución sin ser descubierta.

Descúbrense las conjuraciones por escasa prudencia

cuando un conjurado habla con tan poca cautela que pueda enterarse una tercera persona, como por ejemplo, un siervo. Así sucedió á los hijos de Bruto, que, al conspirar con los emisarios de Tarquino, les oyó un esclavo y les denunció; ó cuando por ligereza se da cuenta de la conspiración á mujer ó muchacho que ames ó á cualquier otra persona de escasa importancia, como lo hizo Dinno, uno de los conjurados con Philotas contra Alejandro Magno, al dar cuenta de la conjura á un joven á quien quería, llamado Nicomaco, quien inmediatamente lo dijo á su hermano Ciballino y éste al rey.

Ejemplo de descubrimiento de conspiraciones por conjeturas es el de la que tramó Pisón contra Nerón. La víspera del día en que iban á matar á Nerón, uno de los conjurados, Scevino, hizo testamento y ordenó que su liberto Melichioafilase un viejo y herrumbroso puñal, dió la libertad y dinero á todos sus esclavos y dispuso que se preparasen vendajes para heridos. Fundado en estos indicios Melichio le acusó á Nerón. Fué preso Scevino, y al mismo tiempo que él otro conjurado, Natalis, con quien le habían visto hablar en secreto largo tiempo el día anterior; no declararon de acuerdo sobre esta conversación y tuvieron que confesar la verdad, quedando la conjuración descubierta y perdidos cuantos en ella tomaron parte.

Imposible es evitar que una conspiración no se descubra por malicia, imprudencia ó ligereza cuando son más de tres ó cuatro los conspiradores. Presos más de uno de ellos, la trama se descubre, por la dificultad de que se pongan de acuerdo para todas las declaraciones; y cuando sea detenido uno solo, bastante animoso para no nombrar á sus cómplices, preciso es que éstos tengan igual firmeza de carácter para mostrarse tranquilos y no descubrirse con la fuga; porque si

falta el valor, sea en el que está preso, sea en los que permanecen libres, la conspiración se descubre. Raro es el ejemplo que sobre este punto trae Tito Livio; la conjuración contra Hieronimo, rey de Siracusa. Preso Teodoro, uno de los conjurados se negó, con gran valor, á manifestar el nombre de sus cómplices, y acusó á los amigos del rey. Los conjurados por su parte, confiando en el valor de Teodoro, permanecieron en Siracusa sin temor alguno.

Hay que arrostrar todos estos peligros al proyectar una conjuración y mientras llega el momento de ejecutarla. Si se quiere evitarlos, acudase á estos remedios. El primero, el más eficaz ó por mejor decir el único, consiste en no dejar tiempo á los conjurados para denunciarte, dándoles cuenta del proyecto sólo cuando se va á ejecutar, y no antes. Los que así lo hicieron no han corrido los peligros antes mencionados, y sus intentos tuvieron el éxito que deseaban. Todo hombre hábil y prudente puede practicar este recurso, y lo demostraré con dos ejemplos.

No pudiendo Nelemato sufrir la tiranía de Aristotimo, tirano de Epiro, reunió en su casa á muchos parientes y amigos y les exhortó á librar la patria. Algunos de ellos pidieron plazo para decidirse y prepararse, pero Nelemato mandó á sus esclavos cerrar la casa, y á los que había llamado les dijo: «O juráis ir ahora mismo á ejecutar lo que os he propuesto, ú os entrego á todos prisioneros á Aristotimo». Asustados por la amenaza, juraron é inmediatamente cumplieron la orden de Nelemato.

Ocupó un mago, valiéndose de engaños, el trono de Persia, y descubierto el fraude por Ortano, uno de los hombres más ilustres de aquel reino, lo manifestó á otros seis personajes, diciéndoles que era indispensable librar el reino de la tiranía de aquel mago. Pidió al-

guno de ellos tiempo para decidirse, y levantándose Darío, uno de los seis llamados por Ortano, dijo: «O vamos ahora mismo á realizar el proyecto, ó voy yo á denunciarlos». Todos se levantaron, y sin dar tiempo á que ninguno se arrepintiera, ejecutaron su decisión.

Idéntico á estos ejemplos es el de la muerte de Nabis por los etolios. Con pretexto de auxiliarle le enviaron á Alexameno, su conciudadano, con treinta caballos y doscientos infantes, dando la secreta misión sólo á Alexameno, y ordenando á los que con él iban que le obedecieran en cuanto mandase, bajo pena de destierro. Fué á Esparta, y nada dijo á los suyos de la orden de matar al tirano hasta el momento de realizarla.

Así evitaron estos jefes de conjuraciones los peligros que el tramirlas ocasiona y los evitarán cuantos les imiten; cosa que está en su mano hacerlo, como lo demuestra el ya citado ejemplo de la conspiración de Pisón. Era éste uno de los personajes más grandes del imperio, amigo de Nerón y de su mayor confianza. Con frecuencia iba Nerón á sus jardines á comer con él. Pudo Pisón buscar amigos entre hombres de ánimo y corazón para realizar la empresa (lo cual á un poderoso es facilísimo), y cuando Nerón estuviera en sus jardines, darles cuenta del proyecto y con frases oportunas inducirles á hacer, sin tiempo para discutir, lo que era imposible que fracasase.

Si se estudian todas las conspiraciones, encontrarése que son pocas las que no se han podido realizar de este modo; pero los hombres muestran ordinariamente poca habilidad en estos asuntos, y con frecuencia cometen grandes faltas, cosa que no debe admirar tratándose de sucesos tan extraordinarios como lo son las conjuraciones. Deben, pues, los que conspiran no decir nada de la conspiración sino en caso de extrema necesidad, y en el momento de ejecutarla y de comunicar el proyecto, ha-

cerlo á uno solo cuya discrección hayas experimentado repetidas veces, y á quien muevan las mismas pasiones que á ti. Encontrar uno en quien concurren estas circunstancias es mucho más fácil que encontrar varios, y, por tanto, menos peligroso. Además, aunque te engañase, tienes medios de defensa que no existen cuando son varios los conjurados; porque á hombres prudentes he oído decir que á una sola persona se le puede hablar de todo, pues tanto vale el sí del uno como el no del otro, si no has cometido la falta de escribir de tu puño y letra. De esto último todos deben guardarse como de un escollo; porque no hay prueba más convincente contra ti que un escrito de tu mano.

Queriendo Plautiano asesinar al emperador Severo y á su hijo Antonino, encargó la ejecución de este deseo al tribuno Saturnino, quien no quiso obedecerle y sí denunciarle; pero dudando que en el momento de la denuncia fuese más creído Plautiano que él, le pidió un mandamiento escrito. Ciego de ambición Plautiano se lo dió, y entonces el tribuno le acusó y probó la acusación. Sin aquel escrito y otros indicios, no fuera Plautiano reo convicto; tal era su audacia para negar los hechos.

Hay, pues, medios de defensa contra la acusación de uno solo, cuando no existe escrito ni contraseña que sirva de prueba, de lo cual deben todos guardarse. En la conjuración de Pisón entró una mujer llamada Epicaris; que había sido amante de Nerón: juzgó esta mujer conveniente para el éxito ganarse al capitán de algunos triremes que Nerón tenía para su guardia, y le comunicó la conjura, pero no los nombres de los conspiradores. Faltó el capitán á la fe jurada y la denunció á Nerón, pero fué tan grande la audacia de Epicaris para negar, que, dudoso el emperador, no la condenó.

Hay dos riesgos en comunicar á uno solo la conjura: